

hábitos de orgullo, de interés, de impiedad, ó de libertinaje, como en lúgubres sudarios... ¡ Ah! ellos ya no son á los ojos de Dios, á las miradas de los ángeles mas que como cadáveres, que van á enterrar!... Vosotras, madres y mujeres, que teneis la Jfé, vosotras, que llorais sobre esos extravíos y que deseais sinceramente el retorno á la gracia, la resurreccion de esas almas que os son caras, dirigíos á nuestro divino Salvador. Él tendrá compasion de vuestro dolor; Él puede hacer entrar de nuevo en el camino de la virtud á ese hijo, que tanto amais; Él puede despertar de esta indiferencia á ese esposo, cuya alma os es tan cara. Rogad, pues, rogad sin cesar y no os canseis de hacerlo, y no dudeis, tarde ó temprano vuestras súplicas serán escuchadas... ¡ Cuántos ejemplos podría citaros! Madres cristianas, no os citaré á Santa Mónica logrando la conversion de su hijo Agustin; vosotras conoceis esta historia y mas de una vez se os ha referido... No, yo os hablaré de otra madre. Ésta, pues, siendo muy piadosa, había consagrado á la santísima Virgen á su hijo mucho tiempo antes de nacer... No había aun nacido el fruto que llevaba en sus entrañas, cuando tuvo ella una vision misteriosa. Parecióle, pues, que daba á luz á una bestia feroz, que mas tarde debía cambiarse en cordero. El hijo en su adolescencia fué un motivo de continuo dolor para su madre... Orgullo, insolencia, libertinaje, ninguna de las malas pasiones que contribuyen á la pérdida de la juventud, le hizo falta... Su corazon, á pesar de los buenos cuidados de su madre, era como esos terrenos ingratos, en donde solo crecen abrojos y espinas. « ¡ Pobre madre! le decía su confesor, vos estais desolada, pero rogad, rogad sin cesar, y Dios vendrá en vuestro socorro... » Y la afligida madre lloraba y rogaba con fervor, pidiendo á Dios la conversion de su hijo... Un día que élla le hacía algunas observaciones, su hijo respondió á sus consejos con mas insolencia que de costumbre; él llegó, segun dicen, hasta á alzar contra élla su mano criminal, que sin embargo se detuvo. « Ah! exclamó la madre desconsolada, tu eres realmente la bestia feroz, que vi entre sueños, cuando te llevaba en mis entrañas!.. » Espantado de estas palabras, el mancebo se tranquiliza y pide á

su madre algunas explicaciones. Este era para él el momento de la gracia, á la que se mostró fiel. Este era tambien el instante, en que la madre iba á ver cumplidos sus ruegos. En efecto, al día siguiente este jóven, tomando una resolucion enérgica, abandonaba al mundo, se consagraba al servicio de Dios y llevando su virtud hasta el heroismo, venía á ser, como S. Agustin, una de las glorias de nuestra santa religion, un santo Obispo, que la Iglesia ha colocado sobre nuestros altares, y á quien nosotros honramos bajo el nombre de S. Andrés Corsini el día cuatro de Febrero¹.

Ahora, ó mujeres cristianas, séame tambien permitido citaros un ejemplo para animaros. Santa Isabel, reina de Portugal, estaba unida á un príncipe voluptuoso, disoluto y tocado de la pasion de los celos. O piadosa esposa, ¡ cuánto tuvisteis que sufrir durante los largos años, que le estuvisteis unido!.. Sin embargo de su boca no se deslizó jamás una sola palabra de murmuracion, ni de queja. Dios era el único confidente de sus penas; á Dios las ofrecía élla por la conversion de aquel, con quien estaba unida por el sacramento del matrimonio... O Dios de bondad, vos escuchasteis favorablemente sus fervientes súplicas y los sentimientos de predestinado, en que murió este príncipe hasta entonces impío, fueron debidos solo á las oraciones de Santa Isabel y á los cuidados tan tiernos, que élla le prodigó en la última enfermedad del mismo... Aprended, mujeres cristianas, de este ejemplo, cual es el poder y la eficacia de la oracion hecha con fervor por aquellos, que os deben ser queridos...

PERORACION. Carísimos hermanos, al terminar, tratemos de sacar dos documentos importantes, dos conclusiones prácticas, que fluyen principalmente de las reflexiones, que acabamos de hacer sobre el Evangelio de este día. Se muere á todas las edades; la muerte, como un espectro sinistro, se cierne sobre cada uno de nosotros. ¿ Quién será el primero ó la primera que élla acometa?.. ¿ Serás tu, viejo? ¿ Serás tu, jóven? No serás tu, doncella? ¡ No serás tu, mujer llena de salud?... Pero ¿ qué digo? ¿ Acaso no seré yo el primero?.. Ah! No lo sabemos... qué razon tan poderosa, hermanos míos, para que estemos siempre prevenidos, pues que

como al hijo de la viuda de Naim, la muerte puede sorprendernos, á pesar de nuestra juventud, á pesar de las precauciones que tomamos, y á despecho de este vigor, de esta salud floreciente, de que estamos orgullosos. *Ergo estote parati*. Estémos, pues, todos preparados siempre.

La segunda conclusion práctica es el propósito eficaz de rogar por las personas, que nos son caras; seamos afligidos y desolados de verlas olvidar los deberes de nuestra santa religion y abandonar las sendas del bién, por seguir el camino del mal. Pero, á pesar de vuestra tristeza, vosotras, mujeres píadosas, madres cristianas, no desmayeis, rogad, sí, rogad con confianza, perseverad en pedir á Dios la conversion de esos pobres hijos, de esos esposos, que olvidan sus deberes cristianos... Esto es para vosotras una obligacion; ¡ la salvacion de los mismos os toca tan de cerca; tantos lazos y lazos tan sagrados os unen con ellos!... Pero si vosotras cumplís bien este deber de la oracion, yo os aseguro apoyado sobre la palabra de Jesucristo, que Él no faltará en consolaros... Mas temprano ó mas tarde, ó en qué momento, no lo sé; pero ciertamente nuestro dulce Jesús á quien habreis invocado con fé, escuchará vuestros deseos y enjugará vuestras lágrimas... Esos hijos, esos esposos, á quienes habréis hecho volver á Dios, y cuya conversion habréis preparado con vuestras oraciones, serán vuestro mas dulce gozo en la tierra y ornarán vuestra corona en el cielo... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. LUC., XIV, 1-11)

Como deben portarse los cristianos en medio del mundo.

TEXTO. *Et ipsi observabant eum*. Y ellos le estaban acechando.

EXORDIO. Hermanos carísimos, un día de sábado, que como ya

sabeis, era día de descanso entre los Judíos, Nuestro Señor, invitado por un fariseo, había entrado en la casa de este último, para tomar allí una frugal comida. Pero los que estaban allí reunidos espían sus acciones y le estaban acechando. Llevaron á la presencia del Señor á un hombre hidrópico, para que lo curase, pues, ¡ tantas veces había Él curado á los enfermos de sus dolencias!... Los doctores de la ley, los fariseos, esos enemigos del divino Salvador, los cuales llevados del odio que le tenían, dentro de algunos meses mas tarde debían recabar de Pilatos una sentencia de muerte contra Él, todos esos le espían con malicia y se decían: — « Qué es lo que va á hacer?... Osará curar á ese enfermo en el día del sábado, que es un día de reposo?... » Respondiendo nuestro dulce Jesús á esos pensamientos, que sus divinos ojos leían en el fondo de aquellos corazones maliciosos, les propuso esta cuestion: « ¿ Es lícito curar enfermos en sábado? » Pero ellos callaron, porque no sabían que responder. Tomando entonces á aquel pobre enfermo por la mano, el Médico celestial le devolvió la salud y le despidió. Luego, dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo: « ¿ Quién de vosotros, viendo á su asno ó á su buey caido en un pozo, no procurará sacarlo enseguida, aunque sea en día de sábado?... » Y á pesar de su envidia, ellos no sabían que responder. Viendo tambien el Señor el afán con que ellos procuraban apropiarse los puestos mas distinguidos en la mesa, les dió esta leccion: « Cuando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado mas digno que tú; y que venga aquel que te convidó á tí y á él y te diga: cede el lugar á éste; y que entonces tengas que pasar por la vergüenza de tomar el último lugar. Así pues, cuando fueres invitado, pónete en el último lugar, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo en la mesa: Porque cualquiera que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. » Tal es, hermanos míos, el contenido del Evangelio del día de hoy.

PROPOSICION. Propóngome, pues, hermanos míos, con ocasion de esta libertad, de esta rectitud, de esta leccion tan netamente for-

mulada, en una palabra, de esta conducta admirable, que nuestro divino salvador guarda en medio de esos enemigos, que le acechan; propóngome, repito, hablaros de la manera como deben portarse los verdaderos cristianos en medio del mundo.

DIVISION. Primero: bondad, indulgencia en todo lo que no sea tocar á los intereses sagrados de la virtud y de la verdad: *segundo*: energía y firmeza, pero firmeza inquebrantable, cuando se trate de la fé, de la moral y de las enseñanzas de la santa Iglesia católica...

Primera parte. Admirad, hermanos míos, la bondad de Nuestro Salvador Jesús... ¡Cómo sabe Él condescender con todas las debilidades de nuestra naturaleza!... ¡Cuánta razon teneis, o glorioso apóstol S. Pablo, al decirnos que Él se sometió á todas las flaquezas, á excepcion del pecado!... Elías y otros profetas de la antigua Ley, S. Juan Bautista y tantos otros santos anacoretas, cuya historia á veces os contamos, llevaron una vida austera, santificada por la abstinencia y las mortificaciones. Pero nuestro adorable Salvador, acomodándose á nuestra flaqueza, quiso llevar una vida la mas comun, á fin de ser para nosotros un dechado, en quien pudiesemos poner siempre los ojos... obreros, cualesquiera que seais, vedle manejando la sierra, el hacha y los instrumentos del carpintero. ¡O sudores benditos del Hijo de Dios hecho hombre!... No había necesidad para redimirnos de derramar su sangre; no, la menor gota de este sudor que corre en forma de perlas por sobre su frente, habría bastado para la redencion de todos los hombres...

Mas vengamos á nuestro propósito. Miremos á Nuestro Señor en su mision pública viviendo en medio de los hombres y conversando con ellos. Le invitan á las bodas de Caná y asiste á ellas con sus discípulos. Tambien estabais vos allí, o santísima Virgen María; gusto de recordarlo y de hacer presente á estos fieles que me escuchan, que por vuestra intercesion obró Él allí su primer milagro. Las alegrías de familia, estas dulces reuniones que hay entre parientes, cuando todo se hace segun las reglas de la templanza y de la modestia, no están prohibidas, pues que

nuestro divino Salvador las autorizó con su ejemplo. Ya sabeis, que á veces Él tomaba su comida en casa de S. Pedro, ó en Betania en casa de Marta y Lázaro, ó en casa de algunos amigos que le eran adictos. Otras veces, como cuenta el Evangelio de este día, aceptaba la invitacion de hombres, que le tenían envidia, que alimentaban contra Él las mas malévolas intenciones. « Miremos, decian sus enemigos, de sorprenderle en sus palabras ó en sus acciones. En público Él profiere bellas máximas y opera curaciones; pero tal vez no conservará esta dignidad en una conversacion íntima. Acaso entre las libres expansiones de un festin se le escapará alguna palabra imprudente ó alguna accion indiscreta, de que podamos aprovecharnos para arruinar su crédito, hacerle perder la consideracion de que goza entre el pueblo y recabar algun día contra él una sentencia de muerte... »

Y Jesús, para poder hacer algun bien á esas almas obcecadas por el odio; y este dulce Salvador, que no acaba de quebrar la caña que está medio quebrada, y no quiere apagar la mecha que todavía humea, consentía en pasar algunas horas en medio de aquellos hombres orgullosos. ¡Con qué suavidad, con qué amor, con que inefables industrias trataba Él de curar la ignorancia de aquellos, de rectificar sus juicios, y de disipar sus injustas prevenciones!... Él los conoce perfectamente, ningun pliegue de sus conciencias le está oculto, y con todo escuchad como les habla: « Amigos, ya que vosotros no vacilarais en sacar, aunque fuese en día de sábado, á vuestro asno ó á vuestro buey de un precipicio, en que hubiese caido, ¿porqué no me ha de ser lícito á mí curar á ese pobre enfermo?... — « Simon, decía en otra circunstancia á un fariseo que le había convidado y que le consideraba demasiado indulgente con respecto á una pobre pecadora, tengo que decirte dos palabras. Dos hombres eran deudores á un rico propietario; el uno le debía una pequeña cantidad, mas el otro le era deudor de una suma considerable. Ni el uno, ni el otro podían pagar. El rico hizo á entrambos la condonacion de su deuda. Díme ¿quién de los dos debe amar mas?... » Notad, hermanos míos, cuánta bondad... No dice al fariseo: « Tu eres

un orgulloso; y esta pobre pecadora es humilde y por su humildad élla acaba de lograr su perdon... No, sino que queriendo tratar á este fariseo segun su flaqueza, le deja entender que él no es deudor mas que de una pequeña suma ante la justicia divina... Otra vez los fariseos reunidos acusan á este divino Maestro de demasiado indulgente para con los pecadores y publicanos, y Él les contesta con estas palabras: « Yo he venido no para salvar justos, sino pecadores. » Como si les dijese: « Confieso que vosotros sois justos; pero dejadme ejercitar mi misericordia en bien de los pecadores. » Y sin embargo Él los conocía, Él sabía lo que valía la justicia de los fariseos. ¡ Qué admirable modelo, o cristianos, para nosotros todos, los que tenemos que vivir en medio del mundo !...

Sepámoslo bien, hermanos míos, un hombre cristiano, una mujer piadosa se ven muchas veces obligados á parecer en medio del mundo y asistir á ciertas reuniones, en donde son constantemente observados con ojo envidioso y malévolos por aquellos, que no tienen la dicha de participar de su fé, ó que son demasiado flacos para cumplir los deberes, que la religion impone. *Et ipsi observabant eum.* Es necesario velar sobre nuestras palabras y acciones; y no decir ni hacer nada, que pueda escandalizar el alma del mas pequeño. Es menester que, á ejemplo de nuestro divino Maestro, seamos buenos, mansos, indulgentes, caritativos en todas nuestras conversaciones. Conviene no dejarse preocupar por ciertas palabras imprudentes que podrían sernos dirigidas, y en caso necesario saber proporcionar á esas pobres almas, con quienes hemos de vivir, alientos que las levanten, enseñanzas, que disipen poco á poco sus dudas y destruyan las prevenciones, que hayan podido concebir contra la verdad...

Segunda parte. Sin embargo, no olvidemos hermanos míos, que esta indulgencia y tolerancia no deben llegar jamás hasta á disimular nuestra fé y á menoscabar los derechos de la verdad... Pues el cristiano, que vive en medio del mundo, en ninguna circunstancia debe avergonzarse de ser discípulo de Cristo... Un día S. Ignacio, poco despues de su conversion, viajaba con un ma-

hometano. Este último profirió algunas palabras injuriosas contra la augusta Virgen María, á la que Ignacio había prometido la mas tierna devocion. El santo sintió hervir la sangre en sus venas; y habiéndose alejado el mahometano, Ignacio tuvo un momento el pensamiento de perseguirle, de provocarle á un duelo y con la espada en la mano hacerle retractar los ultrajes, que había proferido contra la Regina de los cielos¹. Hermanos carísimos todos los que creemos y practicamos lo que enseña nuestra santa religion, somos los discípulos de la verdad, los hijos de la santa Iglesia apostólica romana. Ah! no dejemos insultar á nuestra Madre, cualesquiera que seamos. Maldito el hijo que viese con indiferencia destrozarse el seno que le ha alimentado, y abofetear las mejillas que tantas veces se juntaron con las suyas... Maldito, tres veces maldito aquel que contemplase con apatía como se cargan de cadenas los brazos, en los cuales fué mecido... No, que se me seque mi mano derecha, que me quede mil veces pegada la lengua al paladar antes que dejar ultrajar en mi presencia á la santa Iglesia, mi Madre... ¡ O verdad, o religion, luz resplandeciente de las almas! ¡ O Jesús bendito! ¡ O santa Iglesia católica, Esposa suya amadísima! O Pío IX, digno representante de Jesucristo en la tierra!... Ah! antes derramar la última gota de mi sangre, que dejar insultar en mi presencia, y sin defenderla, ninguna de estas cosas tan sagradas para mi corazón.

Aquí tambien, hermanos míos, si deseamos saber como debemos portarnos, no tenemos que hacer mas que estudiar bien la vida de nuestro divino Salvador. ¡ Con qué oportunidad, con qué mansedumbre, pero tambien con qué firmeza, con qué deseo de ser útil á los que le escuchan, Él refiere la parábola con que termina el Evangelio de este día! Él ha visto como los convidados iban apropiándose los primeros asientos; aquí se ofrece la ocasion de proclamar una verdad importante, de dar un documento saludable; Jesús, pues, no faltará á su mision.

Repasad el Evangelio de este día. « Viendo que cada uno de los convidados se apropiaba el mejor puesto, Jesús les dice esta parábola. Cuando seas convidado á un festin, guárdate de ocupar

el lugar mas distinguido, el cual tal vez está destinado á otro; pónete, al contrario, en el lugar mas bajo de la mesa; y si el dueño de la casa quiere honrarte, te dirá: Amigo, sube mas arriba, ahí no está tu puesto; mientras que la vergüenza cubriría tu rostro, si te dijese: pónete mas abajo, porque el lugar que ocupas, es para otro... »

Y en otras circunstancias, cuando la verdad era atacada, ó era preciso proclamarla, ¿ por ventura nuestro divino Salvador tenía miedo, ó retrocedía ante la cólera de los fariseos ó el furor del pueblo?... Ruge, o pueblo obcecado; rechinad los dientes, fariseos; mal que os pese la verdad resonará en vuestros oídos... Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los humildes de corazón; bienaventurados también los mansos, los que sufren persecución por causa de la justicia; para vosotros tales es el hermoso reino de los cielos... A los fariseos que, como ciertos hombres de nuestros días, mostraban en sus palabras compasión por los pobres, pero sin socorrerles nunca, les decía: « Ay! de vosotros que imponéis á los demás cargas, que vosotros no quisierais tocar con la punta de los dedos. Sepulcros blanqueados, raza perversa, ¿ hasta cuando tendré que estar entre vosotros?... » ¿ Quién no siente, hermanos míos, en estas expresiones de indignación los sentimientos, que mas de una vez han inflamado nuestro corazón ante las frecuentes prevaricaciones, ante los ultrajes inferidos á la verdad y á la justicia y que todos los días hieren nuestros oídos ó afligen nuestra vista?...

Oh! lo repito, fuera pactos con el error. Como nuestro divino Salvador, seamos buenos, indulgentes con las personas; amémoslas, procuremos ilustrarlas é instruir las, si podemos esperar que ellas acojan nuestras palabras y lecciones... Pero ante el error, que se manifiesta, á vista del crimen que se ostenta, que nuestro corazón amigo de la verdad se llene de horror é indignación... Raza perversa, espíritus adúlteros, nacides para la verdad, que habeis roto toda relación con ella, vosotros que, entregando vuestro corazón á la codicia, sacrificais á la avaricia, á la ambición y á todos los instintos perversos, á los cuales renun-

ciasteis el día de vuestro bautismo, atrás! no quiero conoceros, soy cristiano y vuestras impías rechillas no me impedirán afirmar la verdad. Sí, yo creo en todo lo que odiais, en todo lo que enseña la santa Iglesia católica; sí, santifico el domingo, sí, me confieso, y ¿ qué?... Venid, pues, desventurados, á hacerme un reproche de ser fiel á mis deberes... ¡ Mártir, si fuera menester serlo!... Sí, como en los primeros siglos fuera necesario derramar la sangre para decir « Jesús, yo os pertenezco », ¡ cuántos fieles, cuántos cristianos, o adorable Salvador, arrojarían aun para servir, su vida en pasto á los verdugos ó á las fieras!...

PERORACION. Hermanos carísimos, lo siento, esta materia me inflama; ¡ es cosa tan bella y tan dulce el afirmar la fé, el decir á nuestro divino Redentor á vista de tantas defecciones y cobardías: « Jesús, yo os amo, á lo menos quisiera amaros! » Almas piadosas, cristianos enérgicos, ¿ no son éstos vuestros sentimientos?... Y vosotros los que conservais la fé, pero que tal vez no teneis fortaleza para afirmarla, decidme; ¿ No es así como entendeis el ser verdadero cristiano, el ser discípulo sincero de este adorable Jesús que por mí y por vosotros arrojó las burlas de los judíos, se sometió á los ultrajes del pretorio, sufrió el menosprecio de Herodes, aceptó la sentencia de Pilato y quiso morir sobre esa cruz ignominiosa, que Él había llevado durante largas horas?...

¡ Ah! los Fariseos le estaban acechando. *Observabant eum...* Acaso, cristianos, un ojo malévolos é invidioso está sin cesar abierto sobre vosotros; también nos están acechando esos impíos, esos incrédulos, esas almas cobardes y débiles, y además nos aborrecen. Pues bien, amémosles nosotros, seamos con ellos buenos, mansos, indulgentes, compasivos y obsequiosos... Pero no sacrifiquemos jamás, para darles gusto, la verdad, ni siquiera un ápice de la verdad. Nosotros podemos entregarles nuestra salud, nuestro honor, nuestros bienes; estas cosas se las podemos dar, porque hasta cierto punto son nuestras y nos pertenecen... Pero la verdad, los dogmas sagrados que nos enseña nuestra santa religion, los deberes que ella impone, son bienes que pertenecen á

Dios; en ninguna circunstancia nos es lícito sacrificarlos. Dichosos seríamos nosotros, hermanos míos, si, como los mártires, supiéramos estimarlos en su justo valor; si Dios nos hacía la gracia de entregar por la conservación de estos verdaderos bienes nuestras riquezas, nuestra salud, nuestra vida misma... Después, unidos á los coros de los bienaventurados, á esos generosos soldados, á quienes S. Juan veía en los esplendores de los cielos con las palmas en la mano, cantaríamos también nosotros por toda la eternidad: Gloria, honor, amor por los siglos de los siglos al manso Cordero, que ha derramado su sangre por la salvación del mundo... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO SÉPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

(S. MATEO, XXII, 34-46.)

Coalición de los Saduceos y Fariseos contra Jesucristo, imagen de la reunión de los impíos y herejes contra la Iglesia.

TEXTO. *Et interrogavit eum unus ex eis legis Doctor, tentans eum.* Y le preguntó uno de ellos, el cual era Doctor de la ley, tentándole.

EXORDIO. Sin duda, hermanos míos, que recordais la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerúsalen en los días, que precedieron á su Pasión. Cada año celebramos el aniversario de dicha entrada el Domingo de Ramos. Ya sabeis, que una muchedumbre devota había aclamado á este Rey pacífico cantando: « Hosanna! bendito sea el que viene en nombre del Señor. » Este triunfo había enconado el odio de los enemigos de nuestro divino Salvador. Ellos escudriñaban sus acciones, acechaban sus palabras con un rencor mas furibundo todavía del que habían manifestado antes. En estas circunstancias, pues, y cerca del tiempo, esto es en el

martes que precedió á la Pasión, tuvo lugar la conferencia, que nos refiere el Evangelio del día de hoy.

« Los Fariseos, cuando oyeron que había hecho callar á los Saduceos, se juntaron entre sí; y uno de ellos que era doctor de la ley le preguntó, tentándole: Maestro, ¿ cuál es el principal mandamiento de la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo, como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. Y estando juntos los Fariseos les preguntó Jesús, diciendo: ¿ Qué os parece de Cristo? ¿ de quién es hijo? Dícenle: de David. Díceles: ¿ cómo es pues, que David le llama en espíritu Señor diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿ cómo es su hijo? Y nadie podía responder palabra, y ninguno se atrevió mas desde aquel día á preguntarle. »

PROPOSICION Y DIVISION. Con ocasion de este Evangelio me propongo, hermanos míos, demostraros: *Primero*: en esta coalición de los enemigos del Salvador para perderle, la figura de los enemigos de la verdad, que conspiran juntos para la destrucción de la santa Iglesia católica. *Segundo*: en las respuestas y preguntas tan sabias, que Jesucristo hace á sus enemigos, el símbolo de la conducta que la Iglesia observa con respecto á aquellos que la persiguen. Escuchad, hermanos míos; este asunto es muy interesante, yo trataré, en cuanto me sea posible, de que lo comprendais bien.

Primera parte. Comencemos, pues, por hablar de esta reunión de los enemigos de Nuestro Señor Jesucristo, que conspiraban por perderle. *Convenerunt in unum.* Ellos se juntaron entre sí, dice el Evangelio de este día. ¿ Sólo estaban los Fariseos en esta junta? ¿ No formaban parte de ella los Saduceos?... No lo sé¹; lo que es cierto es que los unos y los otros se entendían perfectamente

1. Conf. Lanuza, *Index Concinatorius.*